

moral, ni siquiera velado, en toda la novela. Los protagonistas no reflexionan; sólo actúan. El autor tampoco, sólo narra. Como bien dice Borges, "mientras un autor se limita a referir sucesos o a trazar los ténues desvíos de una conciencia, podemos suponerlo omnisciente, podemos confundirlo con el universo o con Dios; en cuanto se rebaja a razonar, lo sabemos falible".

La de Alina y su hermano es la crónica de un destino marcado, desesperanzado, inevitable, fatal. La de Vásquez es una propuesta narrativa de gran interés... Lo cierto es que tiene garra de narrador y que, como buen abogado, sabe escribir. Le bastaría apenas afinar un poco el instrumento para darnos auténticas obras maestras.

Hablaré de alguna tacha menor que casi no vale la pena mencionar; si se ha escogido el lenguaje coloquial, ¿por qué no hablar de *carros*, como hacemos todos en Colombia, en lugar de *autos*? Y el Vicente Feliu de la página 117 creo que es Santiago Feliú.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## “Fantasiosos episodios en los cuales el lector termina por confundirse”

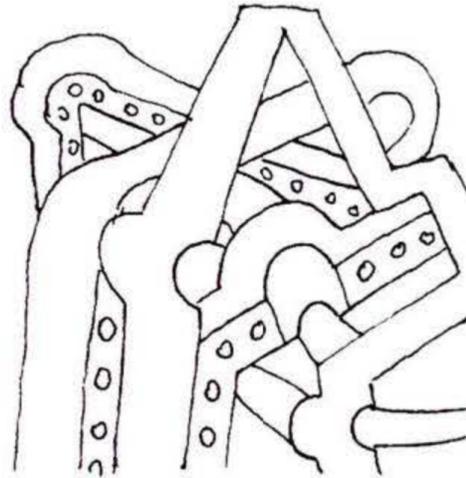
### Relato de un asesino

Mario Mendoza

Editorial Seix Barral, Biblioteca Breve, Bogotá, 2001, 287 págs.

Bastante se ha escrito sobre Bogotá y aún no existe algo así como “la novela bogotana”; ésa que el potencial turista lee para después viajar al lugar de los hechos ficticios. No existe un conglomerado de palabras enmarcadas en Bogotá que logren captar el aroma de la ciudad. Claro está que puede no ser culpa de los

escritores que dedican sus esfuerzos al trazado santafereño; puede que la ciudad no se preste de plano para el acto literario, o que su continuo crecimiento desmedido esté generando pequeños barrios-Estado en donde los aromas cambian, y entonces resulte imposible siquiera tener una vaga idea que amarre todo lo que se conoce como Bogotá.



*La ciudad de los umbrales* (1992), *La travesía del vidente* (1995) y *Scorpio City* (1998) son las anteriores novelas del bogotano Mario Mendoza, quien en su más reciente trabajo, *Relato de un asesino*, hace que el lector explore sectores aislados de la ciudad a través de la historia de un niño enfermizo que crece contra todos los pronósticos y se convierte en un adulto problemático y demente. Empuja a su personaje, el Loco Tafur, hacia una ciudad inhóspita y agresiva, llena de peligros y de sectas aisladas bajo los suelos en las alcantarillas: prostíbulos, casas de *shows* nocturnos y reuniones de travestis son parte del menú del libro y, en medio de todo eso, un indigente que es el portador de un saber místico adquirido en el Oriente Medio cobra bastante protagonismo para la trama central.

Aunque logra momentos epifánicos, como es el episodio en que un personaje paranoico de la calle le informa a Tafur de su difícil situación de intervención intracerebral por parte de agentes de espionaje norteamericanos, y éste a su vez le responde que lo que debe hacer es tomarse unos aguardientes para emborrachar al microchip invasor,

no resulta muy verosímil todo el desenvolvimiento de la historia: personajes satélites surgen de la nada para convertirse en pequeñas columnas vertebrales de la historia; siempre esperando que el momento decisivo, ese que habla del delito implícito del título, llegue, porque es una novela que mantiene su ritmo atado a un final misterioso: no se sabe hasta el último momento por qué es el relato de un asesino y no más bien el de un loco a secas. Lo único que está claro a lo largo de la novela es que Tafur quiere ser escritor; quiere que todo lo que lo rodee esté subordinado a su oficio creativo.

Uno de los epígrafes que utiliza Mendoza es una frase de Ernesto Sábato que dice: “Existe cierto tipo de ficciones mediante las cuales el autor intenta liberarse de una obsesión que no resulta clara ni para él mismo. Para bien y para mal, son las únicas que puedo escribir”. ¡Y que bien escritas le han quedado, a pesar de haber quemado más de la mitad! Es apenas obvio que Mendoza ha tenido unos fuertes lazos con la obra del nonagenario argentino; la descripción de una ciudad ficticia dentro de una ciudad real; de una ciudad de cloacas y de grupos organizados al margen de la sociedad que guardan un conocimiento oculto y poderoso, y esto, sumado a un desvío mental, por parte de los personajes, que legitima todo tipo de ocurrencias y visiones paralelas a la realidad. *Relato de un asesino* es una novela que nos muestra el viaje interno de un artista hacia los confines de la creatividad, enmarcada dentro de un viaje tangible por entre los callejones de una ciudad difícil de entender globalmente. Aunque en la novela se repita muchas veces que el motor primordial del argumento es el anhelo del Loco Tafur por llegar a ser un escritor, y que existe una enfermedad dentro de él que viene y va según la situación en la que se encuentre, es claro que ni siquiera el autor sabe muy bien cuál es la verdadera obsesión de su personaje, así como afirma Sábato, y es por eso que surgen pasajes en los cuales el lector se siente

perdido, no porque no entienda el hilo del argumento, sino porque las mismas acciones del personaje son contradictorias o injustificables. En ese sentido se puede considerar como viable el epígrafe de Sábato; tal vez a manera de excusa. Otro de los epígrafes que utiliza Mendoza es una frase de Paul Auster que dice: "Tenía el poder de la demencia de mi parte". Esta frase resulta un tanto optimista si se mira la novela en su totalidad, pero como se trata de una obra que debe leerse de principio a fin para lograr entender todo el conducto narrativo, entonces sí, empatiza perfectamente con el final del trayecto. "La naturalidad con que es posible deslizarse hacia la locura", primer epígrafe del libro, y frase de Antonio Muñoz Molina, es tal vez el punto de quiebre de la obra en general; exactamente por la palabra *naturalidad*. Si bien el personaje muestra de manera transparente sus ataques de posibles migrañas, lo que es complicado de asimilar es la "naturalidad" con que es narrado el proceso mediante el cual Tafur enloquece (si es que realmente sucede): De repente el personaje decide irse a vivir con un grupo de marginales, y éstos lo aceptan como si se tratara de una nueva persona que contrataran en una oficina; es por eso que la idea de ciudad sufre con los distintos desplazamientos de Tafur: entra y sale de lugares sin mayor problema, cual si fuera el héroe de un juego en el que los dados deciden la siguiente posición para la ficha. De igual forma decide irse al Oriente Medio: un indigente, amigo de su iniciador en el arte de la clarividencia, de repente aparece (como los ciegos de Sábato) y le entrega un mapa para llegar a un monasterio milenario. Tafur reúne sus maletas y se va.

Es imposible establecer cómo se debe escribir una novela sobre la base de una ciudad real para que sea creíble su contenido, y la atmósfera logre el punto adecuado, pero sí se puede saber cuándo la ficción sufre a la hora de tomar vuelo. Los límites entre la realidad y la ficción resultan verdaderamente escabrosos

porque se habla de un barrio llamado Usaquén, de otro llamado La Candelaria, y son lugares reales que pueden ser visitados; sin embargo, dentro de la novela el que los visita no existe, no es creíble, y precisamente la labor del escritor es lograr que ese personaje llegue a existir; de lo contrario, incluso el lugar real (Usaquén) se desvirtúa y muere. Hechos que pretenden formar una idea de realidad o verosimilitud resultan transformándose en fantásticos episodios en los cuales el lector termina por confundirse: no se entiende bien por qué Tafur acaba recurriendo al amor de una ex prostituta que conoce en alguna parte de su historia, pero que no es parte de la novela sino hasta el momento en que aparece como comodín; ¿cómo es posible que el personaje que le da el vuelco a la historia ni siquiera haya tenido una pizca de protagonismo cuando llega a la vida de Tafur?



Al principio de la novela el personaje promete explicar todo su trayecto de locura como si tratara de un vía crucis en el cual cada paso corresponde a uno anterior y a uno siguiente; es decir, una conexión de eventos que se acumulan como un sistema unitario, y del cual es imposible salir; el personaje le entrega al lector la idea de que su vida es un atado de vivencias que sólo podían conducir a la locura y a la cárcel, pero eso no es así: el desenlace resulta apresurado. Se sabe que la novela está a punto de acabar y que aún la idea no es clara; siendo que la

novela aboga por una problemática intimista, el final acude a un desenvolvimiento pasional provocado por agentes externos, y no, en cambio, generado por la propia mentalidad desajustada del personaje. Además, como si fuera poco, ese hecho criminal acaba por regalarle al personaje un triunfo vital: sus libros se venden como bizcochos recién horneados al lado de una escuela. Tal vez el título debió ser *Un asesino con suerte* o *Asesino por fortuna*. En fin...

Tal vez Mendoza sustenta lo inverosímil de su historia bajo el resguardo de que es un relato en primera persona germinado de la pluma de un loco, su personaje. Tal vez podría argumentarse que, por ese sencillo hecho, no hay razón o motivo para que los acontecimientos resulten hilados conceptualmente; tal vez Tafur sí está loco, y su visión de Bogotá es la visión de un nómada urbano, alucinado y febril. Tal vez lo que sucede es que Tafur es un excelente novelista pero un pésimo autobiógrafo, un tipo con suerte que a fin de cuentas resulta triunfando por su fama de asesino; algo así como lo que planteaba Oliver Stone en su película *Asesinos por naturaleza*: popularidad absoluta a partir de acciones criminales; sin embargo, esto último pondría en duda incluso su capacidad como escritor.

De la apendicitis al deporte y las trifulcas callejeras... De la migraña a la clarividencia... De la indignancia intelectual a la aventura por el mundo... Del primer sexo deforme a la meditación exacerbada... De la depresión profunda al enamoramiento casual y cotidiano... Del asesinato a la fama, y una vez más, al manicomio... "Relato de un asesino, la tercera novela de Mario Mendoza, nos presenta un alucinante recorrido por el alma de un hombre, al tiempo que nos obliga a una desesperanzada y lúcida travesía por Bogotá y todas las ciudades que en ella conviven", dice la contracarátula del libro... "Bastante se ha escrito sobre Bogotá y aún no existe algo así como 'la novela bogotana'; ésa que el potencial turista lee para después via-

jar al lugar de los hechos ficticios"; decía al principio de este comentario, pero, después de todo, quién quita que esa, la ciudad del Loco Tafur, resulte el deleite de unos cuantos viajeros que llenan sus maletas para venir y conocer la tierra de los ensueños demenciales, de las prostitutas deprimidas, de las alcantarillas y sus secretos milenarios. Es posible que la Bogotá que plantea Mendoza conjugue con las miradas foráneas, así como toda la expedición de Tafur por el Oriente Medio se hace creíble y atractiva para el lector criollo.

De cualquier forma, el escritor bogotano Mario Mendoza no desiste en su empresa de caminar y caminar por ésta, su ciudad, a la que le ha aplicado el singular lente de la demencia en *Relato de un asesino*. ¿Lúcida, torpe, enrevesada o genial? No se sabe.

NICOLÁS ORDÓÑEZ C.

## Los setentas

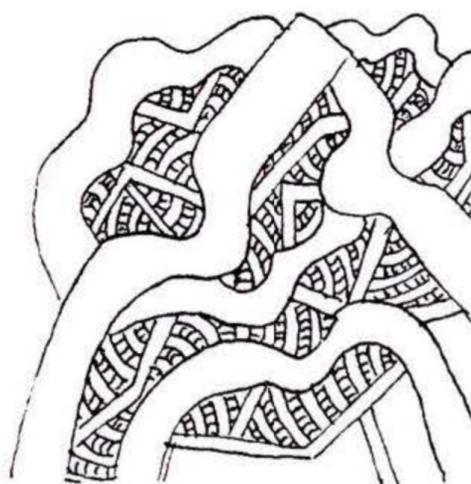
### Amábamos tanto la revolución

Víctor Bustamante

Fondo Editorial para la Democracia Radical-Corpades, Medellín, 1999, 376 págs.

Bustamante es economista de la Universidad de Medellín, nació en 1954 y ha sido colaborador del periódico *El Mundo*, es ésta su primera novela y el título ya nos puede dar una idea del ambiente narrado: estudiantes de los años setenta, un poco de jipismo rezagado, mucha marihuana, bastante trago, algunos toques de filosofía, ciertas intenciones revolucionarias, sexo y teorías de todo y sobre todo. Es una novela urbana, a lo largo de Medellín, en los cines, por las calles, en los lugares frecuentados en esa época por los estudiantes sin dinero, los barrios de diversos estratos, los parques y las cafeterías.

Un poco atemporal, esta novela publicada en 1999, tan lejos ya del *boom* de novelas similares que hicieron historia, como *Que viva la música* de Andrés Caicedo y *Sin remedio* de Antonio Caballero, por nombrar las más conocidas. Situada, además, en pasados los años setenta, ya un poco atrás el movimiento *hippie*, pero en boga las efímeras revoluciones estudiantiles basadas todas en grandes cantidades de teoría y ron, tan efímeras como las intenciones de sus gestores.



El narrador es un joven, teórico y abstracto, obsesionado con las mujeres y enamorado del amor aunque a veces logra personificarlo. Su mundo, el ambiente general en los años setenta: las comunas, el sexo libre, la bota campana, la lucha social, Marx, Freud, los marxistas de la línea Groucho, Bob Dylan, Bertolucci, Buñuel, *El último tango en París*, la libertad, las secuelas del feminismo, algo de Brecht, mucho de decepción y un gusto especial por la cercanía de la muerte.

A pesar de la narración lineal, aparentemente, de ser un recuento de la vida del estudiante que toma tiento y toma mucha agua, que recorre la universidad mirando mujeres y lo sorprende la noche en cualquier agujero, la novela en realidad carece de una estructura seria que conduzca al lector por un camino con diferentes gradas. Es una novela en la que se pretende narrar muchísimo, pero, como sucede siempre con los recuerdos, siempre hace falta algo o sobra mucho. No todo es narrado ni todo lo narrado ameritó serlo; la lectura, pues, se hace un

poco difícil, el hilo conductor es débil y se rompe con frecuencia, la premisa inicial "amábamos tanto la revolución" se debilita, y ese sentir de la necesidad de una participación política se refunde en las escenas eternas de sexo y relaciones afectivas fantasmagóricas.

Ahora bien: la novela se desarrolla en la ciudad de Medellín, a lo largo de sus calles, bares y rincones, y parte en la Universidad de Antioquia. Lugares no descritos de manera totalmente satisfactoria, únicamente llegan a ser, para aquel que no conoce la ciudad o no conoció los lugares mencionados, simplemente una mención locativa.

*Pero no voy a referirme a esa fauna citadina de los excesos y del sexo porque ya habrá otros espacios y otros momentos, sino a la vida sencilla y rica, compleja y despiadada, y por supuesto romántica por todo lo que sea querer estar siempre en la vanguardia que es la vida universitaria; esa piedra bautismal, piedra de sacrificio, de entrada al altar de Dios. Esa suerte de edad del pavo donde se dan las experiencias de estudiante que marcarán después una vida. Ahí en el campus de la universidad se redefinía toda la ingenuidad afectiva, pasional, política, literaria, existencial. Como si uno pensara que es necesario aprovechar esa experiencia al máximo. No pasar de lado como por un campo sembrado de frases y fresas de plastilina e ilusorios cielos de plástico. Alguien lo había dicho con más énfasis: países de cucaña. [pág. 10]*

Afirma, pues, el narrador en las primeras páginas, ilusión que se desperdicia en la realidad escrita y pasa un poco de lado cuando el protagonista va sobre las pistas erradas que le deja una mujer "Eme", o "La Moderna", por quien siente un especial afecto —que el lector intuye, pues no se sabe a ciencia cierta nunca si esta mujer es la pasión del narrador, si ella encarna los varios amores, si existió o no, si es una mera ilusión